

El Venado

El sol se escondía en el horizonte y las sombras de las casas altas nos acogían con intensidad. Blanca y yo solíamos pasear después del colegio. Ese día, luego de caminar por la plaza, nos dirigimos hacia la parada de autobuses de Cinco de Mayo. Sin embargo, un grito desgarrador nos sacudió repentinamente.

Una mujer desfalleció sobre la banqueta de enfrente. Acto seguido, un hombre corría en dirección opuesta. Llegó a la esquina y dobló a la derecha por Aquiles Serdán.

Todo sucedió tan rápido que apenas recuerdo haberme desatado los cordones de la mochila. Miré a Blanca esperando que entendiera lo que haría. No pensé en nada, solo me moví por impulso. Solté a Blanca y fui detrás del sujeto.

Después de los primeros metros, pensé que lo alcanzaría. Que no debería darme tanto trabajo, ya que a veces jugaba baloncesto en el colegio. Pero no tenía tiempo para pensar, tenía que correr. Corrí con todas mis fuerzas, entre banquetas cuarteadas y esquivando coches estacionados, sin tener idea de lo que haría si llegaba a alcanzarlo. Hubo un momento en que la distancia se acortó tanto que mis manos comenzaron a empuñarse, pero el hombre fue más rápido. Yo desistí patéticamente, sin poder soportar el dolor abdominal y el mareo que me invadió.

«Es un venado» pensé.

Era la expresión que mi hermano Víctor usaba para describir a aquellos que corrían como si la vida les fuera en ello.

Agotado y sin aliento, caí de rodillas mientras el venado escapaba. Llegó a la calle Colón, vaciló en la intersección y siguió adelante en dirección a Juárez.

De repente, escuché el sonido de un motor y levanté la cabeza. Era un hombre corpulento de mediana edad en una motoneta. Pude ver su obesidad y piel blanca mientras pasaba junto a mí. No entendía lo que estaba sucediendo, pero el hombre rebasó al venado y lo bloqueó. Era un aliado.

Ambos actuaron con rapidez. El hombre estaba asustado, pero aun así descendió de la motoneta y se enfrentó al venado. Mantuvieron cierta distancia por un momento. El venado parecía dispuesto a luchar brevemente, solo para desarmar al hombre y escapar sin más contratiempos.

Recuperé el aliento y retomé mi caminata jadeante mientras contemplaba la extraña danza. El hombre se deslizaba en torno al venado, con el cinturón en la mano derecha, lanzando latigazos. Uno, dos, tres veces. El venado los esquivó todos. Era sin duda más ágil que el hombre y le propinó una patada en el estómago. El hombre cayó al suelo, más por miedo que por el golpe.

Corrí hacia ellos cuando recobré fuerza. Sin embargo, el venado estaba alerta y volvió a escapar. Recibí una mirada de alivio del hombre, que se incorporó en cuanto llegué a su lado.

—¡Súbete, ya casi lo tenemos! —dijo el hombre haciéndome espacio en el asiento de la moto.

Con apenas un par de palabras, forjé un vínculo fraternal con aquel desconocido. Pero no tuve tiempo para reflexionar. La captura del venado era inminente.

La calle Aquiles Serdán, oscura y poco transitada, llegó a su fin. Salimos a Juárez, una avenida principal iluminada y atestada de personas. Cuatro carriles, dos en cada sentido, divididos por un camellón de un metro de ancho. El venado saltó ágilmente a través de la avenida, esquivando los vehículos. Parecía agotado y bajó la

velocidad. Caminando lentamente, se mezcló entre la multitud y lo vi sacar su teléfono.

Un grito de auxilio salió de mi boca, señalando al venado, pero las personas alrededor parecían estar en un mundo distinto. El venado seguía caminando tranquilamente sobre la acera, negando todo. Los altos bordes del camellón nos impedían cruzar la Juárez de la misma manera que él lo había hecho. Lo vimos alejarse por la derecha sin dejar de mirarnos, pero luego se arrepintió y regresó por la izquierda. Para nosotros, era el carril contrario, pero mi compañero estaba cegado por la euforia del momento y se lanzó con la moto sin pensarlo.

Esquivamos un par de coches y algunos insultos. Al acercarnos al camellón salté al pavimento impulsado por un segundo aire. El venado estaba a unos quince metros, desesperado por llamar a alguien. Desistió al verme acercarme y volvió a correr. Sin embargo, mi descanso sobre la moto hizo la diferencia.

No lo alcancé de inmediato, pues el venado aún podía correr, pero le recortaba distancia a cada fracción de segundo que pasaba. Cruzamos la angosta Insurgentes, sorteando puestos ambulantes y locales. La gente escandalizada nos gritaba injurias, pero el venado y yo no les prestamos atención. Yo corría impulsado por la inercia. El dolor regresó, pero lo aguanté. Finalmente, llegamos al cruce con la Hidalgo, donde la banqueta terminaba y conseguí alcanzarlo.

Determiné instintivamente la forma de detenerlo. Tomarlo de la ropa y tirar hacia atrás era arriesgado, pues podía soltarse. Entonces, salté hacia adelante y lo empujé agarrándome de sus hombros. El incremento de velocidad y presión sobre su cuerpo lo desestabilizó. Cayó de frente y en seco sobre el asfalto. Ahí mismo lo sujeté como pude. Fue entonces cuando supe que el venado era más bajo que yo. Y ambos, el venado y yo, supimos que era el fin.

—¡No hice nada, no hice nada! —repetía el venado desesperado, una y otra vez. Recuperé el aliento y le respondí:

—¿Si no hiciste nada, por qué corriste?

Mi compañero llegó pocos segundos después, dejó su moto de lado y se sentó encima del venado, atrapándolo. Era imposible escapar de aquella prisión improvisada.

—¡No hice nada, no hice nada! —gritaba el venado angustiado. Pero sus gritos se fueron apagando.

Las miradas curiosas de los transeúntes nos rodearon mientras dos policías se acercaron a la escena. Yo apenas pude articular una palabra, solo lo había atrapado, nada más. Los policías tomaron la custodia del venado mientras mi compañero explicaba el robo que había ocurrido unos minutos antes.

Poco después apareció otro hombre hirviendo en cólera.

—¡Si le pasa algo a mi esposa te mato imbécil! —exclamó.

Uno de los policías lo interceptó antes de que pudiera golpear al presunto delincuente. Los oficiales continuaron su investigación mientras esperaban a la patrulla.

En mi mente estaba Blanca, probablemente estaría sola donde la dejé.

—Ya me tengo que ir —dije a mi aliado.

Nos despedimos con un apretón de manos y un abrazo. Él me agradeció mirándome a los ojos, y yo le devolví una leve sonrisa antes de irme.

Crucé de vuelta la Juárez y regresé por Aquiles Serdán. La calle se transformó al caer la noche: el alumbrado público encendido, los autos estacionados cubiertos de polvo, las grietas en el pavimento y las

banquetas, el olor a humedad, todo aquello parecía un sitio remoto y oculto a la vista, tan solitario como siempre.

De pronto, una idea se adueñó de mi mente. La idea de que tal vez me había convertido en un héroe esa misma tarde. Un ser noble y valiente, que no tolera las injusticias ni la corrupción del mundo. Pero al mismo tiempo me sentía insignificante, con un gran vacío en mi interior. Mi victoria sobre el venado me supo amarga. Esa no era la forma en la que se suponía que debía sentirme, algo debía estar mal.

Pasé junto a un coche antiguo, descolorido y cubierto de polvo. Lo observé durante unos segundos, dejando que mi curiosidad me dominara. Me acerqué para mirar a través del vidrio lateral, pero todo lo que vi fue mi reflejo difuso en una especie de mugre cristalina. La imagen que se reflejaba era una figura abstracta, humanoide. ¿Realmente era yo? Torcí mi cabeza un poco para comprobarlo y confirmé que era así. No pude evitar pensar en cómo el tiempo y la negligencia habían transformado aquel automóvil en un objeto ajeno e inútil, y cómo también había cambiado mi apariencia de tal forma que apenas me reconocía a mí mismo en aquel reflejo.

Blanca me esperaba. Dejé de perder el tiempo y seguí caminando. Sentí una fuerte ansiedad que me invadió. No sé en qué momento comencé a correr, pero sentía la necesidad de estar junto a ella. Llegué al cruce donde había sucedido todo. Giré a la izquierda y ahí estaba, en el mismo lugar donde dejé caer mi mochila.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo absurdo que había sido mi comportamiento. Podría haberme enfrentado a un ladrón armado, o sus cómplices podrían haber estado acechando detrás de los autos estacionados en la oscura calle de Aquiles Serdán. Pero no había pensado en nada en ese momento. Y al mismo tiempo, lo había pensado todo.

Finalmente, desperté junto a Blanca, quien me observaba con una mezcla de preocupación y alivio.

—¿Estás bien? —escuché su dulce voz que me sacó del trance—. Esto sucede con frecuencia en el centro, no dejes que te afecte.

—Estoy bien —respondí—. Solo estaba pensando que quizá podría haber hecho algo.

Sí, quizá podría haberlo hecho. Podría haber perseguido a aquel criminal del centro en lugar de quedarme parado inútilmente, imaginando un mundo en el que mis propias fantasías me hacían sentir miserable. Pero al igual que el venado, yo tampoco hice nada.